

CAPÍTULO II

...

Las flechas encendidas se clavaron, una tras otra, en el casco calafateado de la balandra. La madera y el alquitrán, usados para rellenar los huecos y grietas, ardieron de inmediato y las llamas se expandieron con rapidez. Ascendieron hacia la cubierta alcanzando los cueros y la madera apilada. En cuestión de minutos, “La Casimira” fue devorada por el fuego. Sus velas se deshicieron en hilachas y una lluvia de chispas se esparció sobre el resto del barco, que no pudo oponerse a tan terrible enemigo.

Los hombres, ya sin esperanzas de poder apagar el incendio y sin un lugar en el que pudieran protegerse del fuego, se zambulleron en el río y llegaron a la costa nadando. Algunos con quemaduras, otros con contusiones, pero todos, hasta don Arístides que era el más viejo pudieron ponerse a salvo.

No supieron que pasó. Estaban dormidos y despertaron cuando las llamas avanzaban sobre la cubierta. No se dieron cuenta de que el fuego fue provocado por el grupo armado que los tenía rodeados. Los soldados no se habían descubierto todavía, porque esperaban que alguien llamara a Juan Arenas por su nombre, para identificarlo. Les habían pasado la información de que se hallaba a bordo, entonces, decidieron atacar la embarcación con fuego para evitar que escapara sin arriesgar sus propias vidas.

Cuando el Chiquito Ortega se acercó a Juan y lo llamó por su nombre, todos los soldados aparecieron, desde la espesura, con sus armas de fuego listas para disparar, apuntando a cada uno de los náufragos a quienes superaban en número. Todos levantaron sus manos y no opusieron resistencia.

El sargento que estaba a cargo dijo:

—Juan Arenas, usted viene conmigo y cuidado con lo que hace, porque si se resiste los paso a todos a mejor vida ¿Entendió?

Juan comprendió que no tenía opciones, así que adoptó una actitud sumisa y se entregó sin resistencia. Caminaron hasta un lugar cercano a la ciudad de Corrientes y los encerraron en un rancho que usaban como calabozo.

Al día siguiente, Juan ya estaba casi recuperado de los golpes que había recibido en el camino y observaba el lugar para encontrar una vía de escape, pero no tuvo tiempo de planear la fuga. Esa misma mañana, lo llevaron a un despacho que hacía las veces de oficina del comandante y lo ataron a una silla. Era una casucha de adobe con piso de tierra y paredes blanqueadas, un poco más limpio que el otro donde lo tenían encerrado. El techo de paja y la puerta enclenque no ayudaban a disimular su rusticidad. Sin embargo,

los muros de adobe lograban mantener el ambiente fresco, comparado con el abrasante calor del exterior.

Al cabo de un rato, ingresó un hombre de unos cincuenta años, de gran porte, vestido con ropa de funcionario público: levita, pantalones negros y cuello almidonado. Calzaba unas botas muy usadas, pero bien lustradas y brillantes a pesar del polvoriento suelo del lugar. Tenía el cabello canoso y largo hasta los hombros y unos bigotes grandes que ocultaban sus labios. Daba la impresión de ser un personaje de mucha autoridad, aunque no era militar. Juan creyó haberlo visto, sin embargo, no recordaba en dónde ni cuándo.

El sujeto le ordenó al guardia que lo desataran, mientras arrimaba una silla detrás del descalabrado escritorio. Se acomodó la levita, para no arrugarla, y sacudió el asiento con su pañuelo. Dirigiéndose a Juan, que se masajeaba las muñecas doloridas y lastimadas, le dijo:

—Soy Marcelino Galarza, encargado de Comercio y Finanzas del Gobierno ¿Tiene sed? —le preguntó mientras servía agua en dos vasos. Le ofreció uno a Juan, pero éste, aunque tenía la boca seca, no la bebió y lo miró con odio.

—Tome el agua, Arenas, no lo voy a envenenar —expresó, con una risa amplia que por primera vez dejaba ver los dientes detrás de esos grandes bigotes. Se tomó, de un trago, el agua que se había servido y continuó—. Le vengo a proponer un trato. Si acepta, le prometo la seguridad de los suyos y devolverle las tierras de su familia. Si no acepta, me retiro y lo dejo a merced de los brutos que dirigen esta comandancia. Su hermano también se encuentra aquí, detenido y encarcelado, claro que con mejores comodidades debido a que ha colaborado contestando a todas nuestras preguntas.

—¿Qué le hicieron a mi hermano? —demandó Juan y se adelantó de un salto hasta el escritorio que golpeó con furia.

—¡Tranquilícese y siéntese, o lo hago atar otra vez! —le ordenó el funcionario con autoridad—. Su hermano está bien. Un poco golpeado, pero bien. Gracias a él pudimos encontrarlo —dijo con una sonrisa burlona—. Él nos contó que usted se escaparía en un barco. No resultó difícil identificar la embarcación que iba a utilizar, porque todos conocen la amistad que lo une con el capitán de “La Casimira”. Debido a las restricciones de navegación son muy pocos los barcos autorizados a circular por aquí, por eso enseguida lo ubicamos. Ahora está acá y estoy seguro de que va a colaborar con nosotros. En cuanto a su hermanita, pronto se reunirá con usted. Nuestros soldados están siguiendo a los grupos que se dispersaron en los esteros y los van a encontrar.

—Si todo eso que me dice es cierto, aunque lo dudo, ¿para qué me lo explica? ¿Qué puedo hacer yo en mi situación?

—Como usted sabrá —respondió Galarza, mientras se secaba con un pañuelo la transpiración de la frente—, la provincia de Corrientes ha quedado muy comprometida después de la caída del gobierno nacional. Si bien se pagaron casi todas las deudas con la venta de tierras públicas y con lo recaudado de la aduana antes de que la tomara Buenos Aires, ahora no podemos crecer más. Algún día se van a terminar las tierras fiscales y la provincia debe prevenir para el futuro —aclaró con un gesto de preocupación—. Tenemos la oportunidad de levantarnos con la venta de madera, cueros y vacas a Buenos Aires y al exterior, pero no podemos competir con Santa Fe o Entre Ríos, por la distancia y la lentitud de nuestro transporte. Los barcos tardan mucho en llegar y encarecen el producto.

Mientras él hablaba, Juan se preguntaba que objeto tenía toda esa palabrería y que tenía que ver con él, pero se quedó callado esperando la conclusión.

—Como usted también habrá oído —continuó el funcionario con un tono de complicidad, mientras se quitaba la levita y la acomodaba sobre el respaldo de la silla—, en Entre Ríos están por empezar a construir un ferrocarril que une la ciudad de Gualeguay con Puerto Ruiz, sobre la costa del río Gualeguay. De allí salen las exportaciones y el traslado de productos entrerrianos a Buenos Aires. Este ferrocarril va a facilitar el acceso al puerto.

Juan no entendía, pero decidió seguir escuchando, además no podía hacer otra cosa.

—El proyecto se sustentará con un fondo común creado entre los vecinos de Gualeguay, el General Urquiza, la Banca Mauá y el gobierno provincial. Ahora están tratando de convencer al gobierno nacional para que suscriba acciones de la empresa. Quien va a dirigir la obra es Jacinto González Calderón y le encargaron al Ingeniero John Coghlan que adquiera los materiales para las vías en el Reino Unido y el material rodante en los Estados Unidos.

—Muy educativo todo lo que me dice —dijo Juan en tono de burla—. Pero, ¿qué tengo que ver yo con los ferrocarriles, y con todo este discurso?

—Usted se relacionó con gente importante en sus tiempos de lucha. Ellos lo conocen y le tienen confianza.

—¿Quiere que espíe a mi gente? ¿Que le traiga información sobre el ferrocarril? ¿Eso es todo? No creo, hay algo más detrás de esto —replicó Juan, ásperamente, mientras se enderezaba y adelantaba el cuerpo con un gesto desafiante.

Marcelino Galarza ignoró la réplica y continuó sin inmutarse.

—Necesitamos que se contacte con los que van a realizar la obra, tanto sea los empresarios como los técnicos. Queremos que les transmita nuestra intención de construir un ferrocarril que cruce nuestra provincia de este a oeste, uniendo los ríos Paraná y Uruguay, para poder llevar nuestros productos a un puerto de ultramar.

—¿Y con qué excusa voy a presentarme ante ellos? Yo soy un hombre de armas, no un ingeniero, ni un empresario —contestó Juan.

—Se va a presentar con esa excusa: ser su hombre de armas. El que se encargará de la seguridad de la obra. Yo sé que se ha mencionado su nombre para ese puesto, pero ellos no saben cómo contactarse con usted.

—Y si eso es lo que necesitaban de mí, ¿por qué no me lo propusieron de forma amigable?

—¿Es mi culpa que se haya escapado? —respondió Marcelino Galarza mientras acercaba el vaso de agua hacia Juan.

—¿Sus partidarios venían robando y matando y usted me pregunta por qué me escapé? —contestó Arenas contrariado.

—Es cierto, pero eso ya pasó, ahora está todo aclarado y necesitamos su colaboración. Se estará preguntando por qué un funcionario del gobierno liberal le está pidiendo ayuda a un opositor, francamente, declarado en nuestra contra.

Juan hizo un gesto de asentimiento con su cabeza.

—Bueno, Arenas —dijo Galarza poniendo el dedo índice sobre sus labios—, le informo que yo soy federal, como usted, y por favor guarde silencio, de lo contrario vamos a ser dos los presos. A veces es necesario que alguien esté dentro de las filas enemigas para vigilar sus movimientos. Sabe muy bien lo que es eso, ¿no?

Ahora Juan empezaba a prestar atención, sorprendido con el giro que había tomado el discurso.

—Esto es un poco más grande de lo que imagina —continuó Galarza—. Después de Cañada de Gómez, donde usted estuvo, sucedieron acontecimientos que nos hacen temer más que a la matanza hecha por general Flores.

—¡Ese hijo del mismo demonio! —dijo Juan con odio.

—Ese mismo —siguió don Marcelino—. Sabemos, de buena fuente, que se está preparando para volver al Uruguay como principal líder del partido colorado y derrocar al gobierno de su país. Mitre niega que lo esté ayudando, pero la poca prudencia de su gente descubrió sus reales intenciones. Lo único que podría hacer fracasar los planes

golpistas de Flores sería la intervención de Urquiza, en apoyo al actual presidente de Uruguay y enfrentándose a Flores y con ello a Bartolomé Mitre.

—No creo —dijo Juan—. ¿Para qué va a unirse Urquiza con Berro y enfrentar a Mitre ahora, si en la batalla de Pavón tuvo la oportunidad de destruirlo y no lo hizo?

—Usted se confunde, Arenas —contestó Galarza con aire de superioridad y seguridad.

—¿Cómo que me confundo? ¡Usted no estuvo ahí, yo sí!

—No quise decir eso, no me malinterprete —dijo Galarza, tratando de calmar la cólera de su interlocutor—. Aunque Urquiza hubiera ganado en Pavón, ese triunfo no lo habría beneficiado. Buenos Aires continuaría tratando de destruirlo y de dominar a las provincias. Ganar esa batalla no era la solución.

—Entonces, ¿por qué se enfrentaron si esa no era la solución? ¿Por qué dejaron morir a tantos hombres si esa no era la solución?

—Urquiza quiso evitar el enfrentamiento hasta último momento, pero Mitre no —contestó Galarza, con evidente pesadez de espíritu.

—¿Y por qué se enfrentaron? De acuerdo a lo que dice usted, el entrerriano ya tenía decidido no pelear, ¿no? —agregó como pensando en voz alta, tratando de aclarar sus ideas.

—Mire Arenas, no siempre podemos decidir libremente, porque hay poderes superiores a nosotros que nos dirigen y no nos permiten seguir nuestras propias ideas. Hay autoridades ocultas que deciden el destino de un hombre y hasta de un país.

—¿De qué me está hablando Galarza? ¿A quién debía obediencia Urquiza? ¿Quién pudo sofocar su anhelo de unir la Argentina? Yo cabalgué a su lado, conozco sus ideas y las de sus hombres de confianza. ¿Usted me está diciendo que hay un poder superior que puede destruir los ideales de un gran hombre, así como así?

—Tenemos muchos ejemplos en nuestra querida patria. Piense: ¿por qué ese gran correntino, que nos liberó a nosotros, y a nuestros vecinos de los españoles, dejó sus ideales en manos de Bolívar? Pero no desespere, amigo, usted va a ser parte de la solución de esta situación tan penosa. Lo cierto es que el presidente Mitre, aunque lo niegue, está colaborando con Venancio Flores y otros militares proscritos para preparar una invasión armada al Uruguay.

Juan quiso seguir el tema y así averiguar más acerca de Urquiza, porque la decisión de su jefe de abandonarlos en Pavón era una obsesión para él, pero Galarza había dado por terminada esa parte de la conversación. Decidió tomar el agua que le había

ofrecido mientras trataba de descubrir el final último de la propuesta. Desconfiaba, aunque ese personaje no le era del todo antipático. Como si leyera los pensamientos de su prisionero, Galarza le entregó unos papeles y dijo:

—Lea y no diga nada. Esta carta deberá entregarla a don Nicanor Gorostiaga, uno de los nuestros en Gualeguay. También encontrará una autorización para pasar los puestos de revisión de los caminos y puertos, y otra que viene de Asunción, la que deberá entregar, personalmente, a don Justo José de Urquiza. No lo van a molestar —agregó—y recuerde que esto es secreto. Solamente usted, mi superior y yo sabemos del presente acuerdo.

Galarza lo observaba, atentamente, mientras leía los documentos y sonrió cuando Juan lo miró con ojos asombrados e interrogantes y no podía encontrar frases para expresar la sorpresa que experimentó al leer la segunda hoja del documento.

—Sí, ya sé que se sorprende, pero no comente nada de eso. Las paredes tienen oídos y el guardia de la puerta, puede no saber leer pero oye muy bien, esa es su especialidad. Los van a liberar. Vaya a su casa, prepare su equipaje, su caballo, lleve algunos hombres de confianza y diríjase a Entre Ríos. Siga las instrucciones y todo lo que deje aquí va a estar bien. Yo me encargo de cuidarlo.

—Si va a ser como estos días que pasaron, no me deja muy tranquilo —dijo Juan burlón, pero con una actitud relajada.

—No se preocupe, amigo —aseguró don Marcelino y le extendió la mano.

Cuando Juan le dio a su vez la suya para estrecharla, dijo después de un momento de reflexión:

—¿Por qué yo?

—No hay dudas acerca de sus convicciones ¿O me equivoco, Arenas? ¿Tengo que desconfiar? —le contestó dándose vuelta para mirarlo a los ojos—. Además, está su familia.

Sin decir más, el extraño personaje hizo una leve reverencia, se puso su levita y se retiró con la elegancia de un caballero.

...